

LA PROPIEDAD: SUS BASES ANTROPOLOGICAS

POR

RAFAEL GAMBRA

"Yo no estoy con el comunismo, pero tampoco con el capitalismo". Oímos muy a menudo esta frase a gentes que, por uno u otro motivo, quieren adoptar una postura *media* o ecléctica, sin perjuicio de declararse a la vez en una actitud "socialmente avanzada" o en pro de la "justicia social" o contra cualquier tipo de "opresión". Es la posición de quienes desean adquirir una popularidad a favor de la corriente (o, al menos, no malquistándose con ella), y por otro lado, no quieren —o no pueden— hacer una declaración abiertamente marxista. Es la típica del católico progresista y, en especial, del clérigo *aggiornado*.

Definirse de este modo, tanto en el orden político y social como en el histórico, entraña, ante todo, otorgar una primacía absoluta al factor económico, con lo que se acoge sin reservas al postulado primordial del marxismo. No se quiere negar abiertamente el derecho de propiedad ni postular la socialización de los medios de producción, pero esta restricción verbal se contrapesa siempre con una lanzada a algo que denominan "capitalismo". En esta misma posición *media* o *equilibrada* —considerado el centro de gravedad elegido—, se sugiere ya un socialismo moderado, que, no por una confiscación súbita, pero sí por medios impositivos o similares, acabe con la propiedad privada productiva y aun con todo lo que exceda de lo igualitario, objetivo final común a socialistas y comunistas.

A quienes hablan de este modo no es fácil llevarles a definir en términos concretos esa posición supuestamente equidistante. Se puede intentar, sin embargo, obligarles a que definan esos térmi-

nos de comunismo y capitalismo entre los que dicen situarse. La experiencia suele ser reveladora.

Quizá, sobre qué sea el comunismo obtengamos una respuesta más o menos concreta y coherente. Sistema —se nos dirá tal vez— que preconiza la colectivización general como medio de resolver el problema social. La dificultad surgirá cuando les obliguemos a definir el capitalismo. Aquí vendrán las vacilaciones y las evasivas. Recurrirán a sus efectos (o a sus supuestos efectos): sistema de opresión de los más, sistema monopolista, proclive a crear grandes redes que involucren al propio Estado, etc. Pero resultará difícil que obtengamos una definición precisa de lo que el capitalismo sea, por más que hayan hecho de él un contrapunto para declarar su propia posición.

Y es que, en rigor, no sólo para quienes hacen del “capitalismo” un recurso dialéctico, sino también para nosotros y para todo el mundo, resulta difícil dar una respuesta positiva, cabal, a la pregunta ¿qué es el capitalismo? Si lo definiéramos como el régimen de libre cambio de mercancías en el que el trabajo humano es considerado como una mercancía más, quizá hayamos hecho una referencia al origen del capitalismo, pero no ciertamente a su esencia ni a su realidad actual, porque en el mundo que hoy llamamos “capitalista” nada existe menos libre que la contratación del trabajo. Una minuciosa reglamentación laboral ata a ambas partes —pero de modo especialísimo al “capitalista”— a una red de deberes y compromisos difícilmente eludibles, casi disuasorios.

Sin embargo, por más que resulte difícil asirlo conceptualmente, y por más que se vea empleado hoy como mero contrapeso dialéctico, no puede dudarse de que el capitalismo existe, de que “es algo”, no una pura abstracción.

Siempre he pensado que el llamado capitalismo no se puede definir en términos positivos, porque es en sí mismo una carencia o una limitación. Es —diríamos—, la misma propiedad privada, pero desprovista de los atributos y las referencias espirituales que poseyó antes de quedar reducida a mero capital y su manejo a actividad capitalista. No es lo mismo la posesión de bienes meramente dinerarios, fácilmente convertibles o poseídos en orden a su fá-

cil realización que aquellos otros que comportan lazos de arraigo, de estabilidad o de proyección del propio sujeto. La casa heredada que representa el alma y el legado de los padres, la propiedad estable que crea lazos vivos de lealtad o de patronato, la empresa o el taller que supone la iniciativa y el esfuerzo de una vida, no están —como la propiedad dineraria y especulativa— al servicio de su poseedor, sino más bien a la inversa, se siente éste servidor o trasmisor de ella y del mundo espiritual que representa.

Habrán sido en una época lazos recíprocos de lealtad y de defensa, como en la propiedad feudal; serán en otros lazos de arraigo a la tierra y al pasado, o vínculos de patronato; será el simple sentido de servicio y de perfección en aquello que se hace o se suministra: allá donde el que posee puede hablar de "lo mío" en un sentido más profundo y humano que el mero uso para el propio bienestar y enriquecimiento, allá existe un modo de propiedad no capitalista. Al privar a la propiedad de sus vínculos hereditarios, patronales, personales, para convertirla en propiamente individual e, incluso, anónima, en algo intercambiable o enajenable no sólo en potencia remota sino en acto perfectivo como su propio fin, fue cuando nació lo que hoy llamamos capital y capitalismo.

Por esta razón no puede considerarse al capitalismo como un sistema o teoría socio-económica al modo como se considera al marxismo, sino más bien como "lo que resta" de la propiedad privada después de cortarle sus raíces más propiamente humanas o espirituales.

No se puede, por lo mismo, criticar a lo que hoy llamamos capitalismo por ser propiedad privada, sino por ser (o haber sido) sólo eso, por carecer de un correlato de deberes, no impuestos jurídicamente, pero sí inherentes a su misma naturaleza. Por lo demás, capitalista no es hoy sólo el gran financiero, sino todo el que posee alguna acción bancaria o industrial, es decir, la manera común y general de poseer. La propiedad capitalista comenzó con el liberalismo económico, con el código napoleónico y la división forzosa de patrimonios, con las leyes desvinculadoras, antigremiales y desamortizadoras. Hoy está escrito en las almas, en las costumbres y en las leyes.

Los males y abusos del capitalismo no se eliminan con la socialización de los bienes. Eliminar la propiedad privada es cortar definitivamente las bases económicas de la familia y también de otras muchas instituciones que sirven de contrapoderes al Estado y hacen posible la libertad política. En frase de Hilaire Belloc "tal solución sería como pretender cortar los horrores de una religión falsa con el ateísmo, o los males de un matrimonio desdichado con el divorcio, o las tristezas de la vida con el suicidio (*La Iglesia y la propiedad privada*, VII). Entregar toda la riqueza poseible a un solo administrador universal supone el definitivo desarraigo del hombre, reduciéndolo a su condición meramente individual. Supone también romper todo vínculo espiritual con las cosas, que dejarán así de ser horizonte o entorno humano para convertirse sólo en fuente indiferenciada de subsistencia. Paradójicamente el colectivismo potencia hasta su máximo el individualismo, y, a través de un proceso minucioso de masificación, elimina del corazón humano toda relación con el mundo circundante que no sea la codicia, la disconformidad y la envidia.

Era una sentencia corriente entre los liberales del siglo pasado que "los males de la libertad con más libertad se curan". Yo he pensado siempre que son "los males de la propiedad los que con más propiedad se curan". Es decir, restituyendo al ejercicio de la propiedad toda su profundidad y sus implicaciones, el marco de significación y de vinculaciones de que fue privada. Cuando la sociedad no era gobernada por ideólogos y políticos de profesión —antes de la revolución política e industrial—, tanto nuestra civilización como toda otra tendieron a dotar a la propiedad de un cierto carácter sacral y patrimonial que hacían posible esa correlación de deberes y derechos en que consiste la justicia. Cuando a mayores derechos corresponden mayores deberes (y a la inversa), las diferencias inevitables de fortuna o posición social se hacen tolerables y aun respetables, precisamente porque no son puramente diferencias económicas sino de *status*, que asocian al disfrute de los bienes implicaciones espirituales de lealtades y de deberes.

* * *

Como por sarcasmo, fue en nombre de la libertad como se realizó esa limitación de la propiedad a su aspecto más material y menos humano, es decir, como se la transformó en ese capitalismo contra el que más tarde se rebelaría el socialismo. Se trataba de desvincular al hombre de los lazos históricos que lo ligaban a su pasado, de los mitos y supersticiones ancestrales que condicionaban su comportamiento, de buscar la libre expansión del individuo y la libre expresión de su voluntad. La casa y los campos "que por ningún precio se venderían", las tierras amortizadas por la piadosa donación, los bosques comunales inenajenables por considerarse propiedad de generaciones pasadas, presentes y futuras, era cuanto tenía que ser *desvinculado* o *desamortizado* para la mejor explotación y para "la riqueza de las naciones".

Este designio de la revolución económica radica en un tremendo error sobre la naturaleza del hombre y de la condición humana. Escribe en concebir al hombre —a cada hombre— como una especie de encapsulamiento que encierra al verdadero individuo, a modo de un núcleo —bueno, racional y feliz por naturaleza— al que hay que liberar de esa cápsula, hecha de tabús y de opresión que lo deforman y esclavizan. Esta idea está escrita a fuego en el espíritu de la Modernidad. Destruir los *prejuicios*, desenmascarar los *tabús*, ha sido el imperativo de casi dos siglos de pedagogía y de política.

El primitivo buscó cuevas donde guarecerse: el hombre moderno se empleó en demoler las mansiones que durante milenios albergaron a su civilización, sin pensar que en el término del proceso hallaría la intemperie: aquello precisamente que impulsó a sus antepasados a buscar el refugio, con su angosta entrada, con sus paredes y su bóveda, es decir, un ámbito protector habitable, defendible, decorable.

La aviación ha deparado al hombre un ejemplo-límite sobre el despropósito que encierra su furia iconoclasta. El avión es un móvil que no requiere de vía ni de camino, que prescinde de un ámbito limitado por suelo, laterales o techo. Su ámbito es el espacio infinito. Sin embargo, ningún móvil resultaría más arriesgado que el avión si se lanzase sin otra referencia que el punto de destino

a ese espacio diáfano, sin límites. La circulación del aire requiere de un rigor de situación y dirección más riguroso que cualquier otro medio de locomoción. Sus riesgos son fulminantes y totales. Ha sido preciso proyectar desde el suelo unas paredes imaginarias, pero de precisión matemática, para poder recorrer ese medio infinito, sin entornos ni techo. Se ha dicho que "donde todo es posible, ya nada se puede hacer", y quizá no quepa expresar con mayor rigor la enseñanza de toda una época de crítica demoledora en nombre de la Razón y de la Libertad.

El hombre —cada hombre— no es un núcleo escondido que haya de "liberarse" o ser despertado rompiendo el cerco de maleza que lo rodea, como a la hermosa durmiente del bosque. Si alcanzáramos a aniquilar cuanto un hombre ha creído y ha amado y realizado a lo largo de su vida daríamos, no con el primitivo sano y feliz o con el hombre al fin liberado y "él mismo", sino con el yermo desertizado o con la inmensa ausencia de una decepción sin límites, tal vez con el desaliento de una incapacidad ya de rehacer. Porque el hombre —cada hombre— consiste en esa serie de lazos que él mismo —en buena parte— ha ido creando con las cosas: todo aquello que considera como suyo, sin lo cual su vida carecería para él mismo de sentido y aparecería a sus ojos como impensable. El hombre no es su pura naturaleza potencial, ni sus disposiciones natales o heredadas, aunque sea también esto. En tanto que hombre individualizado, actual, irrepetible, se forja en una misteriosa relación de sí mismo con cuanto le rodea, dentro de la cual ejerce su capacidad de *entrega* (o donación) y de *apropiación*, edificando así su mundo diferenciado y, con él, su personalidad íntima.

Hacer libre a un hombre no consiste en desasirle de su propia labor —de su trabajo— sino conseguir que trabaje en lo que ama o que pueda amar aquello que realiza. Hombres libres no son aquellos que flotan indiferentes o desasidos de cuanto les rodea, sino los que alcanzan a vivir un mundo suyo, aunque no trascienda de su vida interior, aunque haya sido logrado en la ascesis y el esfuerzo.

Es de Saint-Exupéry la frase: "no amo al hombre; amo la sed que lo devora". El hombre más dueño de sí y de su mundo, y con

mayor personalidad, suele ser también el más ligado y entrañado en ese mundo propio, porque las raíces son en él las más firmes y exigentes; diríamos, en términos hoy habituales, el menos libre. Al paso que el hombre más libre en este último sentido es el más disponible al viento de la vida y de sus propias pasiones; es decir, el menos capaz de vida interior y de creación, el menos libre en la realidad.

* * *

Basta, por lo tanto, con conocer al hombre mismo y a su relación con el mundo circundante para incluir la propiedad privada entre sus más radicales derechos; es decir, para reconocerla como el ámbito de su vivir autoconstructivo. Sin la posibilidad de extender el Yo —y el Super-yo— a las cosas, sin poder hacerlas nuestras y dotarles de un sentido, nunca adquirirá la vida humana su dimensión profunda, ni madurará en sus frutos, ni existirá un motivo para vivirla por muchos medios que se arbitren para facilitarla.

La técnica del “nivel de vida”, convertida en soberana y erigida en fin último “social” e individual de una “sociedad de masas”, ha dotado al hombre de medios de subsistencia y *comfort* desconocidos por los más afortunados de otras épocas. Pero a la vez, y a un ritmo visiblemente acelerado, le privan de los lazos de *compromiso* y de apropiación (incorporación a sí mismo) que engendraban para él un mundo propio, diferenciado, y ello hasta desarraigarlo de todo ambiente personalizado y estable, vaciando su vida de sentido humano, de objetivos y de esperanza. El derecho a poseer algo y a serle fiel no figura entre esos “Derechos Humanos” que abren camino al universo socialista.

En rigor, es la Ciudad creada por el fervor a sus símbolos y a sus dioses lo que sostiene al hombre que vive en su seno, y lo preserva del hastío y de la corrupción; porque entre hombre y Ciudad se establece una misteriosa tensión por cuya virtud la corrupción, cuando sobreviene, no está tanto en los individuos como en el imperio que los alberga. Cuando viven en la lealtad y el fervor, hasta sus mismas pasiones los engrandecen; cuando, en cambio, viven

juntos para sólo servirse a sí mismos, sus propias virtudes aprovechan a la pereza y al odio mutuo.

Porque la Ciudad sostenida por el fervor engendra para el hombre dos elementos necesarios a su sano vivir: de una parte, el *sentido de las cosas*, que libra al hombre de caer en la incoherencia de un mundo sin límites ni estructuras; de otra, la *maduración del vivir*, por cuya virtud la obra que el hombre realiza *paga* por la vida que le ha quitado, y el mismo conjunto de la vida, por ser constructivo, *paga* ante su eternidad. Ello libra al hombre del hastío de un correr infecundo de sus años y le concilia con su propio morir.

Como ha escrito Salvador Minguijón, "el localismo cultural, impregnado de tradición y fundado sobre la difusión de la pequeña propiedad, sostiene una permanencia vigorosa frente a la anarquía mental que dispersa a las almas. Los hombres pegados al terruño, aunque no sepan leer, disponen de una cultura que es como una condensación del buen sentido elaborada por siglos, cultura muy superior a la semicultura que destruye el instinto sin sustituirlo por una conciencia (...). La estabilidad de las vidas humanas crea el *arraigo*, que engendra nobles y dulces sentimientos y sanas costumbres. Estas cristalizan en saludables instituciones que, a su vez, conservan y afianzan las buenas costumbres. No es otra la esencia doctrinal del tradicionalismo".